

Dilettantismos Periodísticos

La muerte de Pío XI y la elevación del Cardenal Pacelli al Solio Pontificio han proporcionado la prueba más incontestable del peso internacional y mundial del pontificado romano.

Agencias de todos los colores —desde las puramente comerciales hasta las que son dócil instrumento de las propagandas democrática, comunista o totalitaria— han concedido a los sucesos del Vaticano un grado de interés que jamás alcanzaron las más aparatosas tragedias de los soberanos, los dictadores y los jefes de estado. Al dolor y las lágrimas de la comunidad católica, se agregó el tributo de admiración al Pontífice extinto de parte de los ateos, protestantes, judíos y paganos; porque en el austero, independiente y recio Papa Ratti hubo siempre un residuo de solicitud paterna por los hijos pródigos, por los extraviados del hogar y en general por todos los que penaban y sufrían.

Un grito de júbilo y simpatía, igualmente mundial, ha venido a arrancar la esperada elección de Pío XII.

Debemos sin embargo precaer a los católicos contra un peligro inminente de desorientación en la fronda periodística que ha germinado durante las pasadas semanas en torno a los sucesos del Vaticano.

Los hombres sin fe que monopolizan las grandes agencias, y sobre todo la plaga de dilettantes de la prensa diaria ha mezclado justos elogios y oportunas informaciones con las más descabelladas cábalas sobre la elección pontificia y los más desdichados comentarios sobre la actuación de los pasados Pontífices.

Un gran periódico caraqueño, que goza de simpatías entre muchos católicos venezolanos por sus méritos en la campaña anticomunista, acogía recientemente un artículo en que se desdorbaba la figura del santo Pío X —a quien se trataba de simple e ingenuo— y su Secretario de Estado, Cardenal Merry del Val —a quien se calificaba de ultramontano—. Se ha discutido de los candidatos papales, como si se tratara de los comicios electorales de una república; se han señalado cualidades y defectos, y atribuido tendencias y aún vinculaciones políticas a las más altas personalidades eclesiásticas.

Han pasado días en que vino casi a generalizarse la clasificación: Papa político y Papa evangélico o espiritual; Papa fascista o antifascista.

En todas estas reflexiones sobrenada un concepto absolutamente erróneo de la Iglesia de Cristo y de su Vicario en la tierra. Un concepto materialista de la vida que olvida el influjo divino de la gracia y la asistencia del Espíritu Santo al sucesor de San Pedro: consiguiente supervaloración de las cualidades personales de los Pontífices, de sus valores y deficiencias puramente humanas.

Para nosotros los católicos el Papa es algo más que un político avisado, un talento excepcional o un hábil diplomático. Es el Padre común de la cristiandad; es el Vicario de Cristo en la tierra; quien hizo del rudo pescador de Genesaret piedra angular de la Iglesia asiste a sus sucesores. Y si es cierto que en su providencia ordinaria entra el regir a los hombres según sus capacidades y dones humanos, no es menos cierto que no necesita de esos dones para que la barquilla de Pedro no zozobre. Aunque el Maestro parezca a veces dormir en la popa de la nave en medio de la tormenta, las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; y esto independientemente de los valores humanos y los aciertos políticos y diplomáticos del piloto de la barquilla.

La solicitud palabrera de la prensa por los sucesos del Vaticano no debe desorientar a los católicos ni hacerles perder el concepto cristiano de la vida de la Iglesia. El Papa no es ni fascista, ni liberal, ni demócrata, ni social, ni totalitario, ni diplomático. Es el Vicario de Cristo. Su fuerza no estriba en la tierra sino en el cielo. Por eso su voz es ley y sus normas morales no pueden ser discutidas.